

TRABAJO DE CRISTO Y TRABAJO DEL CRISTIANO

MIGUEL LLUCH BAIXAULI

Instituto de Antropología y Ética. Universidad de Navarra (Pamplona)

El trabajo de Cristo como fuente y sentido

Con la luz fundacional recibida de Dios, san Josemaría Escrivá de Balaguer hace un nuevo descubrimiento de dos realidades contenidas en la Revelación divina: la primera es la bondad originaria del trabajo humano y la segunda es la importancia del trabajo en la vida de Cristo y, como consecuencia, del trabajo en la vida del cristiano. Lo que él obtiene a partir de este descubrimiento aporta importantes perspectivas para el desarrollo de la antropología y la ética cristianas y señala una renovación para el futuro de la existencia cristiana.

La primera de estas verdades se encuentra en el orden de la creación, significa una «noticia sobre el hombre»: que el hecho de trabajar en el mundo no se inserta casualmente en la vida ordinaria de los hombres, sino que es una realidad esencial, originaria, desde el principio, por designio original de Dios, y que constituye, en cierto modo, la estructura interna más importante en la significación de la realidad de sus vidas. «Desde el comienzo de su creación –no me lo invento yo– el hombre ha tenido que trabajar. Basta abrir la Sagrada Biblia por las primeras páginas y allí se lee que –antes de que entrara el pecado en la humanidad y, como consecuencia de esa ofensa, la muerte y las penalidades y miserias (Rom 5, 12)– Dios formó a Adán con el barro de la tierra, y creó para él y para su descendencia este mundo tan hermoso *ut operaretur et custodiret illum* (Gen 2, 15), con el fin de que lo trabajara y lo custodiase. Hemos de convencernos, por lo tanto, de que el trabajo es una estupenda realidad, que se nos impone como una ley inexorable a la que todos, de una manera o de otra estamos sometidos, aunque algunos pretendan eximirse. Aprendedlo bien: esta obligación no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos»¹. Así pues, el trabajo es percibido

1. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, «Trabajo de Dios», en *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 2002, n. 57.

como algo esencial al hombre, desde la creación, como algo constitutivo y esencial de la realidad humana natural, es decir, para todos los hombres de todos los tiempos. Con ese importante matiz: una realidad anterior al pecado y no consecuencia de él, como ha sido muchas veces interpretado superficialmente.

La segunda realidad se encuentra en el orden de la Redención y la Santificación, y su significado es más el de una «noticia sobre Dios»: los años de la vida oculta del Señor (Dios Encarnado), que abarcan desde su nacimiento hasta el comienzo de su vida pública, adquieren, para san Josemaría, una profunda significación: el Hijo de Dios hecho hombre quiso vivir una vida ordinaria y ejercer un trabajo en el mundo y entre los demás hombres durante treinta años. Entre muchas posibles citas elijo ésta, para leerlo en sus propias palabras: «Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además, una debilidad particular por sus treinta años de vida oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo –largo–, del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin embargo, siempre he sostenido que ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente –como la nuestra, si queremos–, divina y humana a la vez»². Así, el trabajo, realidad humana originaria que con el hombre entró alterada en la historia después del pecado, ha querido ser redimido por Cristo, se ha convertido en camino de santidad.

Con el descubrimiento de la nueva significación de estas dos realidades (una en el orden original-natural y otra en el redentor-sobrenatural) y su síntesis en la unidad vital del ser humano, san Josemaría Escrivá entiende y enseña un espíritu específico, arraigado en el Evangelio, de realizar la existencia del cristiano. Ésta es, en pocas palabras, la gran novedad: que el camino de la santidad para el hombre y la mujer corrientes está en su vida y su trabajo ordinarios³. Esta afirmación presupone, evidentemente, más cosas, señalo dos que son capitales: la identificación del cristiano corriente con Cristo y, algo que es también reorientado por Escrivá hasta el punto que en sus enseñanzas se convierte en una novedad: la llamada universal a la santidad. Tenemos, así, que el hombre, todo hombre, tiene una misión que realizar con su vida, que se concreta en trabajar en el mundo y entre los demás hombres y, además, que Dios hecho hombre ha vivido la mayor parte de su vida en la tierra trabajando entre los hombres. Jesucristo ha elevado

2. Cfr. *Ibíd.*, n. 56.

3. Sobre toda esta cuestión es fundamental el estudio de ILLANES, J.L., *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Palabra, Madrid 2001.

una realidad originaria del hombre al orden sobrenatural sin destruirla en su naturalidad pero transfigurándola. Pero la santidad y la identificación con Cristo no son las cuestiones que se propone para la reflexión este simposio sino el significado del trabajo⁴.

El hombre, todo hombre, tiene una misión o tarea que se realizará a través de su trabajo. Y Jesucristo, ha vivido la mayor parte de su vida en la tierra trabajando y así ha elevado una realidad natural del hombre al orden sobrenatural, sin desnaturalizarla sino transfigurándola. En las enseñanzas de san Josemaría Escrivá dentro del término trabajo se engloban todas las variadas ocupaciones de las gentes en el mundo. De hecho, gustaba de hacer largas enumeraciones ejemplificadoras de esta variedad. Como un ejemplo entre muchos: «... que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo»⁵.

Completando el innovador mensaje, y desde su mismo núcleo vital, se encuentra también el sentido orientador: que es a través de la santificación de la variada actividad humana de las mujeres y hombres cristianos en medio del mundo, como se podrá «poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas»⁶. Esta novedad, presentada en dos movimientos: trabajo como lugar de santidad, para poner a Cristo en la cumbre, tiene una tercera característica esencial que, en cierto modo, resume las dos anteriores: para san Josemaría Escrivá, todo esto no es solamente una importante cuestión teórica, es, sobre todo, algo para ser puesto en práctica, vivido y enseñado, como una necesidad urgente y decisiva, que Dios quiere meter en las vidas de los hombres y mujeres reales y concretos, porque esa luz tiene la fuerza que se necesita para ha-

4. Sobre la llamada universal a la santidad, que consiste esencialmente en la identificación con Cristo, como novedad característica del mensaje de san Josemaría Escrivá, tanto los textos como la bibliografía es muy amplia, cfr. BELDA, M. (y otros. Traducción de Tomás Melendo), *Santidad y mundo: actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma 12-14 de octubre de 1993)*, EUNSA, Pamplona; ARANDA, A., *El bullir de la sangre de Cristo, estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000; sobre la existencia cotidiana de Cristo y la santificación del trabajo del cristiano, cfr. pp. 161-173.

5. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2001, nn. 113 y ss.

6. Esta frase es propia de san Josemaría Escrivá: «Y éste es el secreto de la santidad que vengo predicando desde hace tantos años: Dios nos ha llamado a todos para que le imitemos; y a vosotros y a mí para que, viviendo en medio del mundo —siendo personas de la calle!—, sepamos colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas» (Íd., Homilía «Trabajo de Dios», cit., n. 58), y tiene su origen en una experiencia sobrenatural que le marcó íntimamente. Cfr. RODRÍGUEZ, P., «Omnia traham ad Meipsum». El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia expiritual de Mons. Escrivá de Balaguer», *Romana* 13 (1991), pp. 331-352.

cer viable la misma vitalidad del cristiano corriente y porque será el camino para que Cristo reine en el mundo.

Revalorización del trabajo, no absolutización

En el mensaje que Escrivá plantea al mundo hay, evidentemente, una revalorización del trabajo humano. Cada época y cada cultura podrán tener una percepción distinta del lugar y del valor del trabajo. En su mensaje no piensa en una época concreta o en una sociedad determinada. Es un mensaje para todos y para el futuro. Pero esta revalorización se da inseparablemente unida con una no menos neta delimitación de su importancia. El trabajo no es glorificado en sí mismo. No es el nuevo dios mundano al que el hombre debe sacrificar la vida.

Esto lo afirma la Revelación desde el Génesis: «Y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho». Dios no se había fatigado, ni tampoco hay tiempo para Él. Es una verdad dirigida al hombre, que enseña que el día séptimo es día de descanso para los hombres. Es el tiempo de Dios, el día santo, el *sabbat*. El relato de la creación termina en la contemplación y en la adoración. Aquí hay una ordenación de toda la vida humana: el trabajo y el reposo. La condición de imagen divina en el hombre consiste en que puede reinar, pero ha de hacerlo como imagen de Dios. No por derecho propio, pero tampoco como esclavo (ni de un poder terrenal, ni de su trabajo mismo), sino en semejanza a Dios, en libertad.

Resulta muy sintomático que en la medida en que un hombre o una cultura no reconocen a Dios como Señor de la existencia, esclavicen al hombre en el trabajo de un modo sin precedentes. El séptimo día da al hombre la libertad de la existencia sin trabajo para que llegue ahí a la plena existencia de su nobleza. También en la paz del séptimo día el hombre deponen su corona y se eleva la imagen del auténtico Señor. De ahí la gran importancia de ese día para comprender la verdad de la condición humana. Recuerda al hombre algo que es esencial: ¿Quién es Dios y quiénes somos nosotros? Dios es Señor por esencia, nosotros por gracia y bajo Él. Él creó la obra del mundo, nosotros hemos de continuarla en el tiempo con el trabajo en obediencia a Él. El hombre no es sólo un ser trabajador, es un hijo de Dios que trabaja. Todos los ataques contra el día del Señor, como todo intento de exaltar el trabajo por encima del hombre, son ataques contra Dios y contra la verdad del hombre⁷. Es el espacio en que el hombre se hace consciente

7. Por Cristo el sábado del Antiguo Testamento se ha convertido en el Domingo, el día de la Resurrección. Los cristianos comenzaron por dedicar el Sábado a Dios, después también el Domingo, pronto lo unieron en el Domingo.

de la obra del mundo que el Creador ha hecho y también de la obra de la redención que ha realizado el Hijo del eterno Padre⁸.

En las enseñanzas de san Josemaría Escrivá está siempre presente ese sano correctivo o relativización del trabajo humano. Éste no es nunca considerado como un valor absoluto, ni siquiera como un valor en sí mismo, desconectado del significado pleno de la persona abierta a los demás. Además, el trabajo, como cualquier otra realidad humana, está siempre buscando, implícita o explícitamente, su fundamento en Cristo. Como ha escrito Fernando Ocáriz: «... resulta patente que la dimensión sobrenatural del trabajo no es algo yuxtapuesto a su dimensión humana natural: el orden de la Redención no *añade* algo extraño a lo que el trabajo es en sí mismo en el orden de la Creación; es la misma realidad del trabajo humano la que es *elevada* al orden de la gracia; santificar el trabajo no es “hacer algo santo” mientras se trabaja, sino precisamente *hacer santo el trabajo mismo*»⁹. El trabajo es siempre un medio, nunca un fin. Nos parece muy importante señalarlo ante los evidentes peligros de deshumanización que entraña la hipertrofia del trabajo en la modernidad y también en nuestros días que en algunos casos ha llegado a convertir al hombre en su esclavo. Que el mundo se aparta de Dios, que vivimos en una cultura que ha dejado de ser cristiana y que ha llegado a eliminar a Dios de la «realidad» cotidiana, es algo que se aproxima a la evidencia y lo afirman autores desde todas las posiciones. Pero la cultura y la visión del mundo son resultado de la obra de los hombres y, si ésta es la situación es porque la cultura en los tiempos modernos la han dirigido, en aplastante mayoría, personas alejadas de Dios. El trabajo humano, desconectado de su raíz y significación divina, se convierte con frecuencia en ocasión de desprecio del hombre y su dignidad o también, como ocasión de envanecimiento y autoafirmación del hombre que sueña con ser autónomo. Pues bien, en ese contexto cultural, sin ignorarlo, pero empujado por una convicción que tiene su fuente en la voluntad de Dios recibida como don fundacional, san Josemaría Escrivá predica, escribe y enseña por todas partes: que el trabajo será el instrumento para construir un mundo según Dios¹⁰. Cuando los cristianos, con su empeño cotidiano en las tareas del mun-

8. Sobre la cuestión del trabajo y el significado del descanso es muy interesante estudiar la tradición cristiana de los comentarios al tercer mandamiento del decálogo. Comentarios más recientes cfr. GUARDINI, R., «Sobre el principio de las cosas», en *Verdad y Orden: homilias universitarias*, Guadarrama («Cristianismo y hombre actual» 21), Madrid 1960; RATZINGER, J., *Creación y pecado*, EUNSA, Pamplona 1992 y JUAN PABLO II, *Dies Domini*, 1998.

9. Cfr. OCÁRIZ, F., *Naturaleza, gracia y gloria* (2.^a ed.) EUNSA, Pamplona 2001, p. 263.

10. Sobre la actualidad del mensaje de Escrivá en el contexto sociológico actual del trabajo cfr. DONATI, P., «El significado del trabajo en la investigación sociológica actual y el espíritu del Opus Dei», *Romana*, 22 (1996), pp. 122-134.

do y sostenidos en la Cruz de Cristo, es decir, sin perder su lugar en el mundo ni su identidad vital cristiana, convierten el trabajo en ocasión de unirse con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en su triple acción trinitaria, creadora, redentora y santificadora, y por esa unión el trabajo es ocasión de proteger la dignidad del hombre y del mundo y de servir a los hombres¹¹.

Estas orientaciones fuertemente renovadoras (por señalar algunas: el trabajo como lugar de santidad, como medio para devolver el mundo a Dios, como defensa de la dignidad de las personas, como acción que se justifica en el servicio) tienen su fuente y su referencia en Cristo, en el trabajo del Hombre Dios. Si se quiere entender el significado del trabajo que está en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá hay que ponerlo siempre bajo la luz de Cristo¹².

«Hemos venido –declaraba en 1966 san Josemaría Escrivá a un corresponsal del *New York Times*– a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»¹³.

Sobre el significado de la perfección en el trabajo

El cristiano procurará la perfección humana en el trabajo desde la llamada de la Creación y la Redención. Son constantes los textos en los que Escrivá de Balaguer pone en contacto el trabajo cotidiano con la Cruz y con la Eucaristía, es decir, con el amor redentor y salvador de Cristo. Es importante recordar esto porque la noción de perfección es problemática y puede dar lugar a malentendidos. Ante la cuestión de por qué trabajar con perfección, la respuesta de san Josemaría se distancia tanto del modelo de la perfección del trabajo de la cultura de la eficacia y del mercado como de la actitud premoderna del trabajo como una ocupación para evitar el mal de la inactividad. Las raíces de

11. Sobre la relación del trabajo del cristiano con la Creación, la Redención y la Santificación cfr. AUBERT, J.M., «La santificación del trabajo», en VV.AA., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, EUNSA, Pamplona 1985, pp. 215-224.

12. Sobre la presencia de esta cuestión fundamental para la antropología cristiana en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá, cfr. TANZELLA-NITTI, G., ««Perfectus Deus, perfectus homo». Reflexiones sobre la ejemplaridad del misterio de la Encarnación del Verbo en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá», *Romana*, 25 (1997), pp. 360-381.

13. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 55.

estos dos modelos opuestos no están en Cristo (Cruz y Eucaristía), están en otros lugares. Se aleja de ambos modelos porque, para él, el trabajo no se puede valorar desentendiéndose del conjunto de la persona que lo realiza, de las circunstancias y, por así decirlo, del mundo entero. La perfección en el trabajo está vinculado a Cristo. Veámoslo en dos textos:

En el primero, san Josemaría enlaza directamente la conciencia de saberse creados por Dios con esa búsqueda de perfección: «Os aseguro que, si nos empeñamos diariamente en considerar así nuestras obligaciones personales, como un requerimiento divino, aprenderemos a terminar la tarea con la mayor perfección humana y sobrenatural de que seamos capaces»¹⁴.

En el segundo, la búsqueda de la perfección se presenta como consecuencia de la imitación de Cristo: «Si os fijáis, entre las muchas alabanzas que dijeron de Jesús los que contemplaron su vida, hay una que en cierto modo comprende todas. Me refiero a aquella exclamación, que espontáneamente repetía la multitud al presenciar atónita sus milagros: *bene omnia fecit* (Mc 7, 37), todo lo ha hecho admirablemente bien: los grandes prodigios, y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es *perfectus Deus, perfectus homo* (Símbolo Quicumque), perfecto Dios y hombre perfecto (...) en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección»¹⁵.

La búsqueda de la perfección del trabajo es un aspecto esencial, pero es una búsqueda que se integra en un principio mayor: la conciencia de ser llamado a la existencia por Dios (creación) y del conocimiento de la propia filiación divina que busca la identificación con Cristo (redención) por la acción del Espíritu Santo (santificación). Se trata de dos condiciones distintas de la misma realidad de trabajar con perfección. Una obra cualquiera: un escrito, una escultura, un traje, una comida o un puente pueden estar perfectamente acabados y no haber tenido nada que ver en su realización con el amor de Dios, ni con la santidad. Pero eso, que es lo que podríamos llamar la perfección material u objetiva de un trabajo, no agota la enseñanza sobre la perfección del trabajo para san Josemaría Escrivá.

Podríamos decir que esa perfección objetiva o material, sin dejar de ser importante, ocupa un lugar accidental. Lo que define que un trabajo sea perfecto exige que lo sea hecho en Cristo. Sólo desde ese núcleo

14. Cfr. Íd., Homilía «Trabajo de Dios», cit., n. 57.

15. Cfr. *Ibid.*, n. 56.

vital después se añadirá el valor de la búsqueda de la perfección en la realización material. Si ese trabajo se ha hecho ignorando a Cristo y todo lo que eso lleva consigo, por muy perfecto que sea su acabamiento material, no es la perfección del trabajo de la que él habla. Para llevarlo hasta el extremo, una realización materialmente perfecta de un trabajo, pero que va contra Dios y contra el hombre no sólo no es el trabajo perfecto, sino que, con una expresión fuerte propia de san Josemaría Escrivá, en lugar de ser «obra de Dios» se convierte en «obra del diablo».

El cristiano busca la perfección de su trabajo «por Cristo, con Él y en Él»¹⁶. Ése es el origen y la razón de ser y desde ahí el cristiano procura la perfección humana en sus obras. Una conclusión sencilla es que en su resultado puede no haber diferencia entre un trabajo realizado desde Cristo y otro desde una pura perfección humana, pero esta identidad es sólo aparente, entre uno y otro hay una diferencia vital y existencial tan grande que los hace tan distintos que, en el fondo, no son ya comparables.

Por supuesto que la realización y el acabamiento material son importantes. Si el trabajo se descubre como materia de santificación, entonces no puede ser indiferente su acabamiento material. Esto implica que el trabajo o la acción realizada sea la que sea, se santifica en sí mismo en el nivel material objetivo y no sólo intencional. Importa mucho hacer las cosas bien. Las citas sobre esta afirmación son también innumerables y muy claras: «¡Qué me importa que me digan que fulanito es buen hijo mío –un buen cristiano–, pero un mal zapatero. Si no se esfuerza en aprender bien su oficio, o en ejecutarlo con esmero, no podrá santificarlo ni ofrecérselo al Señor; y la santificación del trabajo ordinario constituye como el quicio de la verdadera espiritualidad para los que –inmersos en las realidades temporales– estamos decididos a tratar a Dios»¹⁷.

Hay en toda la enseñanza de san Josemaría Escrivá una respuesta indirecta a las limitaciones de las que se acusaba al catolicismo presentadas por la cultura dominante de los siglos XIX y XX, de raíz luterana. En efecto, Max Weber en su famosa investigación de la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo se situó fuera de los planteamientos habituales¹⁸. Para él la diferencia entre el trabajo de los protestantes y los católicos tiene raíces religiosas. Pero no simplemente porque los católicos se dedican menos que los protestantes a las activi-

16. O.G.M.R., Plegaria eucarística, aclamación final.

17. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Trabajo de Dios», cit., n. 61.

18. WEBER, M., *La ética del protestantismo y el «espíritu» del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid 2001.

dades más características del mundo moderno por estar imbuidos de un espíritu de alejamiento del mundo (vieja acusación lanzada por Rousseau y repetida por Nietzsche). Para Weber la relación con el éxito y el capitalismo se encuentra en los caracteres de la propia religiosidad protestante. El catolicismo, a pesar de ciertos intentos claros por elevar el mínimo moral en el mundo por parte de algunas organizaciones religiosas, siguió considerando que el nivel más alto de exigencia cristiana era el modo de vida, extramundano, del monje. Lo que apartó a los católicos del mundo, del trabajo excelente, del vivir en el mundo con interés y empeño por las cosas del mundo.

Apoyado en la luz fundacional, san Josemaría va a romper implícitamente con ese esquema, sus enseñanzas no pueden ser ya atrapadas por los análisis weberianos y los de sus seguidores. En realidad los contesta por superación. A quien se dirige Escrivá de Balaguer es a los hombres y mujeres que están en el mundo y que sienten las cosas del mundo como algo suyo, y lo que les enseña es que no se marchen de ahí sino que lleven ahí a Cristo.

Por eso, se distancia también del extremo contrario a lo que acabamos de señalar como la perfección de la cultura del éxito y del mercado. Se trata de la noción clásica, y después arraigada en los siglos cristianos medievales y premodernos del trabajo, como una tarea que evita el ocio y tiene a los hombres ocupados en algo para que no se dispersen y se degraden. Lejos de esta visión, para él, el trabajo santificado no es una ocupación sin valor en sí mismo. Tiene un valor en sí mismo que influye en la configuración de toda la persona. En ese sentido la valoración del trabajo santificado se debe reconocer también dentro de las normas generales objetivas con las que medimos la calidad de cualquier trabajo humano como bien o mal realizado. A ese valor objetivo se añade la intención del que lo realiza y ahí sí que entran de nuevo razones que sobrepasan la lógica del éxito y el mercado. Es decir, la intención del cristiano al realizar su trabajo es santificarse en él, construir un mundo según Dios, defender la dignidad de las personas, servir, etc., pero procurando hacerlo con obras perfectas, bien acabadas, hasta el detalle. La perfección de la obra realizada es para Escrivá de Balaguer la premisa de la contemplación. Por tanto, todo trabajo realizado bajo la actitud interior de la frivolidad, la pereza, la desgana, la falta de responsabilidad, el engaño, etc. queda fuera de la comprensión de ese trabajo que quiere ser santificado y santificador.

Hay unas palabras muy gráficas de Étienne Gilson que quizá habrían gustado al Fundador del Opus Dei: «Se nos dice que ha sido la fe la que ha construido las catedrales de la Edad Media; sin duda, pero la fe no hubiera construido nada si no hubiera habido arquitectos también; y si es cierto que la fachada de Notre Dame es un rapto del alma

hacia Dios, eso no le impide también ser una obra de geometría: hay que saber geometría para construir una fachada que sea un acto de caridad»¹⁹. Son varios los elementos que aparecen aquí que constituyen una constante en las enseñanzas de san Josemaría: la necesidad de que toda la ciencia humana que se pueda adquirir acompañe a la fe en la realización del trabajo del cristiano y la referencia al trabajo realizado como un acto de amor a Dios. Para Escrivá de Balaguer, la unión con Cristo en el trabajo no convierte esa acción en algo sagrado. Cristo realizó tareas seculares y las divinizó sin apartarlas de lo humano y del mundo. El trabajo que el cristiano realiza en unión con Cristo no es una acción sagrada, se santifica sin dejar de ser lo que es trabajo humano en el mundo y entre los hombres.

*Sobre el dilema entre el amor y las obras y el nihilismo postmoderno:
amar con obras y obrar por amor*

En la existencia cristiana hay una razón última que tiene que fundarlo todo: el amor a Dios y junto a él, inseparablemente, el amor al prójimo. Pero a la vez, amar se manifiesta con las obras. El tema de esta segunda parte de mi Comunicación es mostrar el desequilibrio que se advierte cuando se plantea la relación del Amar y el Obrar como oposición entre ambas. En la historia de la comprensión del problema se han dado casi todas las posibilidades. Las posturas que podrían convertirse en paradigmáticas son las contrapuestas por la actitud quietista y por la actitud pelagiana. En estado puro estas actitudes se han dado en un momento de la historia y en algunos autores concretos. Pero después se manifiestan con mayor o menor fuerza en muchas de las actitudes cristianas. Por lo que podríamos hablar de un quietismo y un pelagianismo eternos. En el sentido de que pueden impregnar, más o menos, la orientación de las vidas de los cristianos concretos en todos los tiempos.

Próxima a esta cuestión, que es muy amplia y que no puede ser desarrollada aquí, se encuentra otra, que tiene también un profundo significado antropológico. Me refiero al modelo del hombre activo y el contemplativo. En el hombre y la mujer hay dos tendencias, aparentemente contrapuestas, que han provocado distorsiones en la historia de la espiritualidad y que siguen creando perplejidad actualmente. Por una parte, la acción, entendida como la potencia de realización de obras que son fruto del esfuerzo y de la inteligencia creadora. Por otra, la quietud, el recogimiento interior, la capacidad de concentración y,

19. Cfr. GILSON, É., «La inteligencia al servicio de Cristo Rey», en *El Amor a la Sabiduría*, AYSE, Caracas 1974, p. 88.

en actitud cristiana: el espíritu de oración, el sentido sobrenatural de la existencia. La cultura humana requiere ambas potencias y la estabilidad antropológica de las personas depende también de alcanzar el equilibrio conveniente entre las dos. Esto, evidentemente, ha sido y es una tarea difícil que se plantea a la educación y a la maduración personal. Sus manifestaciones en la historia así como sus logros son muy variados y sus posibilidades de realización son un tema siempre abierto al debate.

He planteado estas cuestiones tan amplias para apuntar la solución que se encuentra a este importante dilema en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá: amar con obras y obrar por amor. Unir la acción y la contemplación. Se descubre en sus escritos que para él no hay oposición, sino que se trata de dos coprincipios que sostienen el existir cristiano. Con unas palabras suyas: «Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor (...) Esta doctrina de la Sagrada Escritura que se encuentra —como sabéis— en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra (...) Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»²⁰.

En sus enseñanzas la aparente contraposición se resuelve sin discusión, ni duda. La acción y las obras (necesarias e indispensables) se fundamentan en la oración y la contemplación (aún más necesarias, al menos desde el punto de vista fundante y vivificador). Más todavía, es en la acción misma donde el cristiano debe aprender a encontrarse con Dios. La unión con Dios (amor) está en el origen de las obras (acción) pero también en las obras mismas. Trabajar por amor y amar trabajando. No hay dos actitudes separables, sino una única realidad viva que puede ser contemplada en dos momentos de un movimiento vital único.

Descubrimiento de lo heroico en lo cotidiano

Hay dos modos de vivir la vida: dejarse llevar por los acontecimientos que nos envuelven hacia una dirección desconocida o vivir nuestra

20. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., nn. 113 y ss.

propia historia en medio de unos acontecimientos que tienen el sentido que nosotros queramos darles. La primera instala al hombre en un realismo opaco; la segunda, en el heroísmo cotidiano.

Los hombres y las mujeres de todos los tiempos necesitan de la historia grande, de la aventura y de la gloria. La vida humana no puede resistir demasiado el peso de lo que pasa como si fuera el engranaje de una cadena de producción que va sosteniendo unos productos y los va llevando de un punto a otro, dándoles una acabamiento material. Cuando esta impresión se adueña de los espíritus no tarda en producirse la sensación interior de la rutina, del hastío y la pérdida del sentido (realismo opaco).

Los niños gustan de vivir historias, los jóvenes leen historias de héroes y peligros. Viven su vida, pero a eso añaden las historias. Para los niños una historia no es sólo una narración de cosas, sino un lugar donde vivir. Después, cuando el mundo de la infancia y de la primera juventud se rasgan para dar paso a la segunda juventud y a la madurez nos encontramos con el mundo real, el de los acontecimientos en sí mismos. Las obligaciones del trabajo y de la falta de trabajo, las obligaciones de las relaciones interpersonales, comerciales, profesionales, de vecindad. Las exigencias de la prudencia para evitar los peligros propios y ajenos. Cada vez más ese mundo de realidades opacas va subiendo poco a poco de nivel. Nos va cubriendo poco a poco hasta llegar a sumergirnos en él. Entonces se produce una inversión que hasta ese momento no se había dado: los que damos el sentido y la importancia a las cosas ya no somos nosotros, sino que son las cosas las que nos configuran a nosotros. Llega un momento en el que, sin apenas quererlo o percibirlo, nos encontramos en una situación parecida a la de quien está siempre ocupado y ya no sabe por qué, ni para qué. Y, desde luego, con una irreprimible sensación de que algo ha debido de fallar. Nos sentimos defraudados, ¿era esto la vida?

Lo que quiero hacer es una reflexión, que pudiera servirnos, sobre la razón de esta actitud ante la existencia en la que, más o menos, tarde o temprano, todos nos vemos envueltos. Vidas sin heroísmo, sin aventura, sin lírica épica. Ésos son los hombres y las mujeres adultos. Hacerse mayor, madurar, hacerse un hombre y una mujer, significa descubrir la realidad de nosotros mismos, de los demás, del mundo. Aprender que dos y dos son cuatro, que cuando hace frío hay que abrigarse, que para vivir hay que trabajar, que el tiempo se pasa muy rápido, que los sueños no se realizan tal como lo esperábamos. Falta de madurez es precisamente no reconocer la realidad.

Pero el hombre, en su estructura más profunda, es un buscador de aventuras, es un héroe. ¿Dónde podrá encontrarse el punto de enlace? ¿Habrà que desertar de las tareas cotidianas del mundo y refugiarse en

mundos imaginarios más o menos reconfortantes? Esto puede hacerse al modo libertino y sin pretensiones de justificación, puede también intentarse con una ruptura interior entre el hombre que trabaja durante los días de labor y el hombre que se libera de todo lo serio durante los tiempos de descanso, o puede hacerse procurándose una argumentación intelectual, pero el resultado es el mismo.

Pero si la huida de la realidad no es la solución, sólo quedaría la contraria, que podríamos resumir en la rendición: habrá que someterse al peso de la realidad opaca y hacer cosas y vivir la vida sin atreverse a ilusionarse y a reír y a jugar? Respecto a la primera actitud de huida de la realidad Escrivá de Balaguer es muy claro: «No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios»²¹. Respecto a la segunda opción, propongo como clave para la respuesta estas palabras suyas: «Convertir la prosa diaria en verso heroico». El amar se manifiesta en las obras y las obras se realizan con amor. Es el Amor lo que da el valor a la acción realizada. «Os aseguro que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso, os he repetido con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día»²².

Sobre la transformación del mundo por el trabajo del cristiano: responsabilidad por el mundo

Hemos visto, en primer lugar, que Cristo es el origen y la referencia vital del trabajo del cristiano. Después, en el nivel del objeto mismo del trabajo, hemos reflexionado sobre el significado de la obra perfecta. A continuación, en el sujeto que trabaja, hemos planteado la cuestión del principio orientador y de la primacía del amor. Ahora, para terminar, quiero señalar algunas ideas que apuntan a la apertura exterior de ese obrar: el trabajo del cristiano va acompañado siempre de una influencia en el mundo, del que el cristiano se siente responsable.

Nietzsche, educado en el ambiente enrarecido de un cristianismo pietista, hastiado, que huía del mundo, lanzó el lema «Permaneced fieles a la tierra», bajo la impresión de las vivencias religiosas de su juventud y bajo la influencia de Schopenhauer, partía de la convicción de

21. Cfr. *Ibíd.*, n. 114.

22. *Ibíd.*, n. 166.

que la enseñanza cristiana referente al pecado original manchaba todo lo terreno y mostraba como la única cosa deseable lo supraterráneo, el cielo. Su grito tenía un significado anticristiano y estaba cargado de resentimiento²³. En realidad ese mismo lema, de modo completamente distinto, lo había enarbolado la Iglesia desde sus inicios contra muchas herejías antiguas que consideraban el mundo y lo material como algo malo en sí mismo (gnósticos, maniqueos, albigenses)²⁴. Es una constante en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá la afirmación de lo que podríamos llamar la responsabilidad por el mundo. Los textos que podrían ser citados son muy numerosos. En su Homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, al referirse al sentido escatológico de la Eucaristía, volvía afirmar que esta dimensión podría ser malentendida: «... lo ha sido siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente espiritual —espiritualista, quiero decir—, propio de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí (...) En esta mañana de octubre (...) respondemos sencillamente que no a esa visión deformada del Cristianismo (...) Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a los hombres»²⁵.

Se está afirmando con nueva fuerza la responsabilidad por el mundo. El cristiano siente de un modo nuevo su compromiso serio con el mundo. Un compromiso que es consecuencia del amor. El cristiano animado por esa misión ama el mundo porque es obra de Dios y se siente parte de él, no un extraño, ni un visitante. Y se empeña con su trabajo en construir ese mundo que es de Dios y que Él ha puesto en las manos del hombre. Esa tarea está en el centro de su existencia cristiana y no se separa de su vida de fe, de esperanza y de caridad, le lleva a mejorar el mundo pero no de cualquier modo, sino procurando seguir los designios amorosos y eternos de Dios. Volvemos así a lo que es hilo conductor sin el que no se entendería nada de la enseñanza de san Josemaría Escrivá sobre el significado del trabajo del cristiano: el trabajo de Jesucristo.

23. Cfr. NIETZSCHE, F., *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, Alianza Editorial, Madrid 2001.

24. Cfr. ADAM, K., *Cristo, nuestro hermano*, Herder, Barcelona 1979, pp. 239-260.

25. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

No hay en sus enseñanzas ningún programa prefijado. Al menos, el cristiano no lo conoce. Sólo hay un programa afirmado constantemente: la santidad personal. El resto, por decirlo así, queda en las manos de Dios. El trabajo en el mundo tiene claro el final: instaurar todo en Cristo, devolver al mundo su orden divino, con el que el hombre y las demás criaturas quedan protegidos en su dignidad y verdad. Pero el cristiano no logrará realizarlo. El Cielo nuevo y la tierra nueva serán obra de Dios. Será Cristo quien rehaga el mundo. El cristiano se esforzará por aproximar las realidades terrenas a ese mundo transfigurado que se hará realidad sólo al final, como un don de Dios.

El realismo cristiano sobre la obra humana

Como consecuencia del pecado original se da una ruptura interior en el hombre y se hace necesario ser redimido. También esta ruptura afecta a su obra, porque el significado y la situación del trabajo están unidos inseparablemente a la situación del hombre. El trabajo es bueno porque le ha sido dado al hombre creado por Dios. El hombre ha caído y con él el trabajo y toda su acción, pero ha sido redimido por Cristo y, con él, también el trabajo ha sido redimido. Pero el hombre no ha alcanzado aún su salvación definitiva, ni tampoco el trabajo, que con el hombre debe alcanzar los frutos de la redención. Ese estado en el que se encuentra el hombre real arrastra consigo sus capacidades de acción y su relación con el mundo. Las palabras que pronuncia Dios al expulsarles del Paraíso definen la nueva situación después del pecado (Gen 3, 17-19). El hombre trabajará pero ahora reinará la confusión. Los resultados no serán los que se esperan; el trabajo costará esfuerzo y así hasta el final de su vida, que será la muerte.

No se puede reinar sobre la obra de Dios si se es desobediente al Señor de esa obra. Mientras el hombre manifestaba obediencia a Dios, la Naturaleza le obedecía a él. Esto es otra verdad clave de la antropología cristiana: el hombre no es como una máquina que siempre funciona igual. Lo que es él mismo influye en lo que hace. El trastorno en el que ha caído el hombre trastornará también su obra en el mundo.

Este trastorno afecta también a sus esfuerzos por entenderse con las cosas. Dios ha dado una naturaleza a cada realidad. Se pliegan a la voluntad del hombre cuando son tratadas según su propia verdad. La primera soberanía del hombre sobre las cosas hubiera sido respetuosa de su naturaleza y su orden. La naturaleza bien dominada por el hombre recto se hubiera desplegado en mayor perfección. Bajo la soberanía del hombre pecador se da un doble movimiento: la naturaleza es con frecuencia violentada y destruida por la voluntad del hombre. A la vez, el

hombre queda sometido y sucumbe ante ella. Quienes piensen que eso fue en épocas de esclavitud ya superadas mostrarían ignorar la historia más reciente. Y todo eso tampoco ha terminado, nada garantiza que no se vuelva a producir, porque hay un desorden en el hombre que afecta a su obrar y al mundo que está puesto en sus manos.

Además hay que ver la falta de respeto al hombre que hay en la misma organización del trabajo. En muchos casos es realizado bajo la presión de los sistemas técnico-económicos, que ponen al hombre en oficios y situaciones ingratos. Se decía que con el progreso de la evolución cultural todo cambiaría, pero no, esto no cambia solo. Además, quien trabaja en lo que quería ¿encuentra cumplidas sus expectativas? La rutina que aparece pronto, las dificultades constantes, el cansancio. Las obras se tuercen. Incluso en personas buenas y valientes. Iniciativas buenas que se enredan y se deforman y dan consecuencias inesperadas. Existe un desorden interior en el hombre y en el mundo del hombre. Hay una contradicción interna.

Si miramos auténticamente el mundo del hombre y nos despojamos de la charlatanería del progreso y la educación y la cultura, vemos que todo está atravesado por una profunda confusión. Y no por errores concretos en casos concretos, sino siempre y en todo. La confusión está asentada en el núcleo, tan profundamente, que los hombres que de verdad saben algo de la vida nos dicen que el problema no es poner un poco de orden en las cosas. Éstas son las «espinas y cardos» que le crecen al hombre cuando trabaja en el campo de su vida. En este sentido el realismo de san Josemaría es total: «... sabemos que es difícil que los hombres nos decidamos seriamente a ejercitar la justicia y es mucho lo que falta para que la convivencia terrena esté inspirada por el amor, y no por el odio o la indiferencia. No se nos oculta tampoco que, aunque consigamos llegar a una razonable distribución de los bienes y a una armoniosa organización de la sociedad, no desaparecerá el dolor de la enfermedad, el de la incomprensión o el de la soledad, el de la muerte de las personas que amamos, el de la experiencia de la propia limitación»²⁶.

El realismo cristiano rechaza el engaño de que el progreso material salvará al hombre, la cobardía del optimismo que sólo ve los puntos de éxito y no lo que va mal en el mundo y las personas. Ver la realidad es ser honrados. Ver que el hombre tiene que enfrentarse consigo mismo y reconocerse tal como realmente es. Y que para que mejore el mundo tiene que empezar por convertirse él por dentro. El realismo cristiano trabaja y lucha por lo que es justo sin desanimarse. Lo que importa no

26. Cfr. ÍD., Homilía «El Corazón de Cristo, paz de los cristianos», en *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 168.

es el progreso y la grandeza en la tierra sino la verdad. El realismo cristiano sabe que la solución de todo lo que está desordenado: la confusión, el esfuerzo, la inutilidad, todo ello sólo encuentra un término que realmente se mantenga firme: se denomina expiación. El hombre debe expiar con la precariedad de su trabajo lo que ha faltado con la soberbia de su desobediencia. Pero ¿quién piensa en ello? Por todas partes, análisis, programas de reforma, utopías: ¿quién piensa en responder de la vida humana como hombre y en expiar la falta del hombre? Aceptar hondamente la verdad de este campo de espinas y cardos que debemos cultivar. No se terminará evitando la verdad con fantasías sino aceptando con la verdad el trabajo en la seriedad de la fe y del amor.

El trabajo del cristiano en su dimensión externa de transformación mundial se entiende así, no como un ingenuo afán de mejora que se apoya en la bondad natural del hombre y en la perfectibilidad creciente de todo lo humano, ni como el esfuerzo titánico de quien se propone con sus propias fuerzas salvar el mundo del mal, ni como la acción de un grupo que quiere imponerse a toda costa sobre las demás acciones humanas. La acción del cristiano en cuanto responsable de la construcción de un mundo mejor se entiende como la cooperación humilde y ardiente, en las tareas de los hombres en las que cada uno se encuentra con la voluntad de Dios que se nos ha dado a conocer en Cristo y con su libertad interior y su conciencia, que le permite acogerse a ella o rechazarla. Con palabras de san Josemaría Escrivá:

«Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en el que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida. Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas»²⁷.

Podríamos decir que «no hay prisa» en el esfuerzo que busca mejorar el mundo. No se trata de ninguna revolución o transformación sociopolítica. El cambio es la transformación redentora del mundo. Por supuesto, deberá manifestarse en frutos concretos aquí y allá, pero no tiene que cumplir unos calendarios, ni someterse a una programación humana. Para la verdadera transformación del mundo el hombre no

27. Cfr. Íd., Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

puede buscar atajos. Los celotes de todos los tiempos se encontrarían incómodos ante el programa de transformación del mundo propuesto por san Josemaría. Los medios son todos los que cada uno debe poner para acercarse a la santidad personal y los tiempos son los que Dios quiera fijar. En realidad, afirma que cada instante y cada trabajo santificado lo son todo. Esa transformación exigirá el empeño diario del cristiano, pero no puede venir más que del interior y de lo alto (el hombre nuevo que se deja llevar por el Espíritu de Dios). «No estoy hablando de ideales imaginarios. Me atengo a una realidad muy concreta, de importancia capital, capaz de cambiar el ambiente más pagano y más hostil a las exigencias divinas, como sucedió en aquella primera época de la era de nuestra salvación (...) Por tanto, equivocáramos el camino si nos desentendiéramos de los afanes temporales: ahí os espera también el Señor»²⁸.

Conclusión

Al aproximarnos al significado del trabajo del cristiano en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá hemos señalado brevemente cuatro niveles que, siendo diversos, se entrelazan entre sí en el movimiento vital de la persona considerada como una unidad. Su origen y referente constante se encuentra en Cristo. Su realización en cuanto acción objetiva busca la perfección dentro de los límites de lo que la persona sea capaz y en la actitud enamorada de quien ofrece lo mejor a Dios y con Él a los demás. Su realización como reflejo de la interioridad del sujeto cristiano es un movimiento que tiene su origen en el amor y se realiza por amor. Por último, su realización externa como fin en la realización del mundo de los hombres, que es el esfuerzo de la criatura que coopera en la construcción de un mundo según Dios. Pienso que, a partir de estas notas tomadas de sus escritos, que en estas páginas no han podido ser más que apuntadas, se abre todo un horizonte nuevo y lleno de significación para una elaboración de la antropología y la ética cristianas. Porque la perspectiva que se dé al trabajo humano en estos cuatro niveles (el modelo de inspiración vital, el objeto de la acción, la razón interna que impulsa a la acción y la finalidad que se busca al realizarla) constituye un marco bastante completo de orientación antropológica y ética. La respuesta que se dé a esas cuatro nociones traza con nitidez el perfil de lo que se entiende por el hombre y lo que se puede esperar de su comportamiento.

28. Cfr. Íd., Homilía «Trabajo de Dios», cit., n. 63.